



# DRUGS PEACE INSTITUTE

Utrecht, January 31, 2019

Comité Noruego del Nobel  
Oslo, Noruega.

Asunto: la nominación de los pacifistas de drogas para el Premio Nobel de la Paz de 2019

A los miembros del Comité Nobel.  
Muy honorables damas y caballeros,

Como director de un instituto que durante veinticinco años se ha esforzado en promover el respeto por los usuarios de sustancias que modifican la mente, es para mí un placer proponer para el Premio Nobel de la Paz de 2019 dos grupos de personas que han demostrado, a lo largo del tiempo, un uso responsable y social de las sustancias de su elección. Los ejemplos establecidos por el pueblo Wixárika, de México, más conocido como Huichol, y los Clubs Sociales de Cannabis, cuentan con la aprobación de académicos, políticos y jefes de organismos gubernamentales nacionales e internacionales, preocupados por los problemas causados por el uso de estas sustancias y por la Guerra contra las Drogas, que se supone que las exterminarían. Estas personalidades, altamente cualificadas, se han dado cuenta de que el fin de la Guerra contra las Drogas no se logrará mediante la eliminación de todas las sustancias prohibidas, o el encarcelamiento, incluso exterminio, de sus usuarios, sino a través de un trato respetuoso y de mentalidad abierta. En este sentido, nos gustaría señalar las políticas introducidas por el Sr. António Manuel de Oliveira Guterres, primero como primer ministro de Portugal y más tarde como Secretario General de la ONU, cuando dijo a la Comisión de Estupefacientes de ese organismo que "podemos promover esfuerzos" para detener la delincuencia organizada, y al mismo tiempo proteger los derechos humanos, permitir el desarrollo y garantizar un tratamiento y apoyo basados en los derechos."

Proponemos los dos grupos de usuarios de sustancias que modifican la mente mencionados anteriormente para su consideración, ya que cada uno, a su manera, ha mostrado una forma única y ejemplar del uso espiritualmente gratificante y socialmente inofensivo del peyote (*Lophophora williamsi*) y del cannabis, respectivamente.

Los wixárika son un pueblo que aún vive en un tiempo mitológico, un estado mental basado y mantenido por el uso ritual del peyote. A través de su consumo, la mente se deshace suavemente, permitiendo que los sonidos e imágenes del pasado remoto broten y se expresen en el susurro de los antepasados, o en visiones de serpientes, venados, peyotes y maíz, las mismas imágenes de la naturaleza que existen desde tiempos inmemoriales, las cuales conforman el panteón wixárika. Esta experiencia viviente de su mundo divino arraiga la mente wixárika en la naturaleza,

al mismo tiempo que otorga un sentimiento de pertenencia cósmica a cada individuo que participa en la experiencia extática.

Así, al contrario del éxtasis experimentado en nuestras sociedades occidentales, los wixárika son capaces de identificarse con los símbolos de la naturaleza presenciados en sus momentos de conciencia cósmica, y se sienten íntimamente responsables del bienestar y el mantenimiento de su entorno natural. Dicha experiencia, además, imprime en sus mentes no únicamente la consciencia de la igualdad de todos los miembros de su comunidad, así como de los demás seres humanos, sino la de la equivalencia de todas las criaturas vivas, incluidas las plantas. Esta conciencia ha desarrollado un respeto y lo que uno puede llamar cuidado amoroso por su entorno natural. Gracias a su consumo de peyote, los Wixárika nos muestran una forma de vida más espiritualmente gratificante y más respetuosa con el medio ambiente, que sostiene a la perfección las necesidades existenciales de su gente, así como las de su hábitat natural.

Gracias al peyote, los wixárika no se han alejado de la naturaleza, un hecho que califica a su sociedad como absolutamente sostenible. Esta es una cualidad de gran demanda en el siglo XXI, donde, bajo los auspicios de las Naciones Unidas, se invita a todos los gobiernos a identificar los objetivos de desarrollo sustentable, como medio para ayudar a construir naciones que puedan resistir las crisis e impulsar y sostener el tipo de crecimiento que mejora la calidad de vida de todos sin comprometer el medio ambiente. Por lo tanto, cabría esperar cierto interés genuino por parte de la comunidad global - atrapada en modelos de desarrollo no renovables y que agotan la naturaleza - hacia las pocas sociedades humanas sostenibles que todavía permanecen en nuestro planeta. Desafortunadamente para el pueblo wixárika, esto no es cierto. Los intereses del mundo, al parecer, no se centran en la contribución de este pueblo a la sostenibilidad, sino a las materias primas de sus territorios no explotadas hasta ahora, precisamente por su relación ecológica con la tierra.

Somos muy afortunados por el hecho de que la antropóloga estadounidense Susana Valadez comenzara a hacer su trabajo de campo en la Sierra Huichol en la década de 1970, y decidiera quedarse y ayudar a los wixárika a sobrevivir en un mundo en rápido cambio, totalmente desconocido para ellos. En 1991, fundó el Centro Huichol para la Supervivencia Cultural y las Artes Tradicionales, una organización sin ánimo de lucro registrada tanto en los Estados Unidos como en México (El Centro Indígena Huichol, A.C). Su misión es defender y potenciar el derecho por nacimiento a la autodeterminación política y económica del pueblo huichol, asegurando la protección y resistencia de su cultura tradicional, forma de vida y hábitat. Hasta hoy el Centro trabaja para proporcionar modos de supervivencia a la tribu empobrecida y en peligro de extinción. Los integrantes del Centro Huichol participan en proyectos de conservación cultural, incluida una escuela que crea y enseña el lenguaje y el currículum huichol, una instalación de producción artística y una galería que respalda al Centro, programas para jóvenes huicholes, y una granja y lugar de demostración de permacultura. El Centro Huichol ha desarrollado un modelo innovador, holístico y replicable para reforzar las probabilidades de supervivencia cultural mediante la promoción de la seguridad alimentaria y del agua, la educación y la autosuficiencia económica.

En el otro extremo de la historia, y muy alejados de la espiritualidad mitológica o monoteísta, los Clubs Sociales de Cannabis han organizado su experiencia modificadora de la mente de acuerdo con un modelo que maximiza su beneficio

espiritual, y elimina los intereses materiales y la obtención de beneficios por parte de terceros, minimizando los efectos sociales negativos. Asimismo se abordan los problemas legales al involucrar a las autoridades locales responsables, con la esperanza de alcanzar soluciones mutuamente satisfactorias de manera cooperativa.

Aunque los consumidores occidentales de cannabis desconfíen de cualquier cosa que contenga trazas de religión institucionalizada, su uso de esta planta es ciertamente espiritual. Pueden negar esta afirmación, pero cuando el efecto de la planta ha modificado sus mentes y les hace verse a sí mismos y a los demás de una manera diferente, es porque la apertura mental ha permitido que parte del ser consciente se sumerja en el yo cósmico, también conocido como Anima Mundi. Con la caída del arnés de la autoconsciencia, uno se da cuenta de la ridiculez de algunos de sus pensamientos, mientras que esa misma desaparición del ego abre los ojos a un reencuentro con los demás y con el mundo que lo rodea.

Los fundamentalistas religiosos también pueden querer objetar el hecho de que el consumo de cannabis tenga una dimensión espiritual, pero cuando se mira de manera objetiva, no se puede escapar de la impresión de que la desaparición del ego abrumador y el disfrute resultante de un nuevo encuentro con el mundo, se parecen mucho al mensaje del predicador de Nazaret, que le dijo a sus seguidores que se olvidaran de sí mismos y que amaran a sus vecinos.

La experiencia de alteración mental descrita anteriormente es válida para la mayoría de los consumidores de cannabis, excepto para aquellas personas mentalmente constreñidas, incapaces de escapar de su mundo ideológicamente erigido una vez los efectos de la planta se manifiestan. Lo que es diferente es la forma en que los consumidores se han organizado para obtener y distribuir la planta.

Los pragmáticos holandeses organizaron un sistema de "cafeterías" locales donde se toleraba la venta y el consumo de cannabis. Sin embargo, al no proporcionar un suministro legal para estas tiendas, los legisladores habían creado las condiciones para el cultivo y la venta en el mercado negro, lo que eventualmente empoderó a los políticos con menos consciencia social a tomar medidas enérgicas contra la "basura", como llamaron al cannabis. El resultado de estas políticas fallidas es que hoy en día los niveles de gobierno locales y nacionales holandeses se están peleando por el control del uso de un producto inocuo, irónicamente consumido con la intención de dejar ir el control de la mente. En estas circunstancias, la paranoia triunfa, ya que la antigua tolerancia y el respeto mutuo que rodearon a su consumo han dado paso a una disputa nacional sobre la planta y a una renovada represión de sus usuarios.

En Barcelona, España, un país conocido por su ferviente espiritualidad, el club de consumidores de cannabis Asociación Ramon Santos de Estudios Cannábicos (ARSEC), fue el primero en organizarse a principios de los años noventa del siglo pasado en defensa del derecho al uso de la planta. Desconfiando de la nefasta influencia de empresarios poco escrupulosos sobre los efectos alegres y espiritualmente gratificantes del consumo del producto puro, optaron por un modelo de autoproducción, un sistema que organizó el cultivo comunitario de las plantas y su distribución última entre los miembros de los club. Se les otorgó el permiso del Teniente Fiscal del Tribunal Supremo de Justicia de Catalunya y jefe de la fiscalía antidroga para cultivar en comunidad, pero antes de que pudieran cosecharlas, sus plantas fueron retiradas por oficiales de la Guardia Civil, una fuerza policial dirigida desde la capital Madrid. Aunque el tribunal provincial de Tarragona falló a su favor, el estado apeló y ARSEC perdió en todos los niveles posteriores, hasta el Tribunal Europeo de Derechos Humanos en Estrasburgo, Francia.

Sin embargo, la defensa enérgica del cannabis de ARSEC mantuvo a la prensa electrificada e hizo que los consumidores estuvieran ansiosos por participar en la lucha. La membresía de ARSEC aumentó en miles y las organizaciones de consumidores de cannabis brotaron en la península ibérica. Los consumidores del País Vasco, particularmente, ayudaron a que el movimiento creciera, impulsado por el Club Social de Cannabis de Bilbao, PANNAGH, que luchó y sigue luchando con uñas y dientes con el gobierno de Madrid por el reconocimiento del derecho a cultivar, consumir y asociarse para una vida más saludable y placentera, y por un uso sociable de la planta.

Dado que su incierto estado legal había impedido a ARSEC continuar cultivando, decidió centrar su atención en ayudar a las personas que padecían diversas enfermedades y que podían tratarse con éxito con la administración de diferentes productos extraídos del cannabis. Cuando en 2008 el gobierno catalán apoyó que en los hospitales a determinados pacientes se les pudiera administrar sustancias a base de la marihuana, los miembros de ARSEC decidieron poner fin a la asociación y continuar la lucha por la legalización organizándose de nuevo, pero esta vez en sus propios barrios, pueblos y aldeas más alejadas.

Desde España, los Clubs Sociales de Cannabis inspiraron la Coalición Europea para Políticas de Drogas Justas y Efectivas (ENCOD, por sus siglas en inglés), una organización flexible de amantes del cannabis de todo el continente, que convirtió el modelo en un estándar para el cultivo y organización comunales para la provisión de la planta de sus miembros. Gracias a la publicación cannábica Cádiz, iniciada por miembros de ARSEC en 1997, y ahora publicada en ediciones nacionales en diferentes países de América Latina, el modelo del Club Social de Cannabis se introdujo en Chile, México, Colombia y Uruguay, con consumidores de otros países ansiosos por seguirlos.

Desafortunadamente, en nuestros días, en Barcelona la lucha por la legalización parece haber favorecido los intereses de astutos comerciantes capaces de aprovecharse de las lagunas legales, fundando Clubs Sociales de Cannabis, que utilizan este nombre para vender sus productos a precios rentables a los turistas de todo el mundo. Los actores criminales que han entrado en escena le han dado a los CSC una mala imagen, y le han dado a los políticos los argumentos para aumentar la persecución de usuarios inocentes.

En defensa de la resistencia de esta expresión tan noble de la cultura contemporánea del cannabis, y en apoyo a la batalla por la supervivencia del pueblo huichol, el Instituto de Paz con las Drogas propone, por su consideración, la nominación compartida para el Premio Nobel de la Paz 2019, por un lado a los Clubs de Cannabis Social, representados por Felipe Borralló, cofundador y presidente de ARSEC, Jaime Prats, botánico de ARSEC y motor de la difusión de los ideales cannábicos españoles a través de la prensa mundial especializada, y Josep Baltierrez i Alier, miembro fundador y secretario de ARSEC; y por otro lado al pueblo Wixárika de México, representado por el Centro Huichol para la Supervivencia Cultural y las Artes Tradicionales (Centro Indígena Huichol, AC), en la persona de su fundadora y directora, Susana Valadez.

Las personas usuarias del cannabis y el peyote que estamos orgullosos de nominar al Premio Nobel de la Paz de 2019, nos han dado ejemplos perennes de un uso sabio, socialmente inspirador y espiritualmente gratificante de estas enteógenas. Nos atrevemos a esperar que al otorgarles este honor tan prestigioso, reconozcan sus esfuerzos en defensa de un uso justo y honorable de estas sustancias, y ayuden

a crear una conciencia mundial sobre el sinsentido de la Guerra contra las Drogas, ante los efectos pacíficos que estas sustancias generan en la mente de sus consumidores.

Sinceramente suyos,



Frans Bronkhorst  
Director